

*canus aperit, Dominicanus Sorbonam claudit.*—Recuérdase también hoy con respeto el nombre de Nicolás de Lira, el *Doctor útil*, el gran escritor. Sus comentarios a la Escritura son de los monumentos imperecederos que nos legó la edad escolástica.

Con San Buenaventura dejamos a un lado las arideces de la escuela para descansar en florido oasis. La inteligencia del Seráfico Doctor se manifiesta adornada de aquella gracia y atractivo que distinguen al luminoso genio helénico de su maestro Platón. No menos amable y noble es la piadosa historia de su vida. En Bagnorea, villita del Estado de Florencia, tuvieron un hijo los humildes esposos Fidanza. Cayó el niño peligrosamente enfermo, y acertando a pasar por allí San Francisco de Asís en el último período de su peregrinación terrestre, la madre desconsolada le presentó al niño moribundo. Francisco le tomó en brazos, exclamando al devolvérselo sano:—“¡Buenaventura!”—Desde entonces fué llamado Buenaventura el que los griegos nombraron después *Eustaquio*, a causa de su sabiduría. Del episodio de la portentosa curación dice San Buenaventura en el prólogo de la *Leyenda menor*:—“Por voto hecho al beato Francisco por mi madre, ofreciéndome a mí, que estaba gravísimamente enfermo, cuando era todavía un niño, fui arrancado de las fauces de la muerte y restituído a la robustez y salud de la vida. Recordándolo con viva memoria, lo declaro en sincera confesión por no merecer la tacha de ingrato callando tamaño beneficio.”—Llegado a la edad de veinte años, cumplió el mancebo el voto de su madre, vistiendo el sayal. Era la hostia pura, digna en todo de Dios. A columbina sencillez, mente poética, entendimiento soberano, unía Buenaventura gallardo cuerpo y apacible belleza en el semblante, natural alegre y amorosa condición, voz sonora y palabra láctea y facunda: admirado de sus raras prendas,

solía decir su maestro Alejandro de Hales que en aquel mozo parecía no haber pecado Adán (25). Al año séptimo de su ingreso en la Orden, leía Buenaventura en París las Sentencias; al décimo, alcanzaba la cátedra magistral. Graduóse de Doctor en compañía de su amigo y condiscípulo Tomás de Aquino, al cual cedió por humildad la precedencia. Cuando Juan de Parma dejó el generalato, señaló a Buenaventura para sucederle. Quiso el Papa promoverle a la Sede de York—“porque, decía la Bula, Buenaventura se ha hecho grato a todos en todo”.—No aceptó. Muerto Clemente IV en Viterbo, prodújose uno de los interregnos, en aquellas épocas frecuentes, por falta de concordia entre los cardenales para elegir al sucesor. Inútilmente se trajo al cónclave el féretro del Papa difunto, por si la contemplación de la muerte amansaba a los discordes; hasta que desplegando Buenaventura los recursos de su elocuencia, logró que nombrasen a Teobaldo Visconti. Venerado de todos, fácilmente pudo entonces el general de los Menores ceñirse la tiara; pero tan distante andaba de su ánimo la ambición, que cuando, poco después, le envía Gregorio X el capelo cardenalicio, los legados le encuentran fregando la vajilla del convento, y él les ruega que, mientras termina su labor de estropajo, cuelguen el capelo de las ramas de un arbusto que sombra la puerta de la cocina. Sólo los intereses de la cristiandad pudieran obligarle a desempeñar el papel político y teológico que le cupo en el Concilio Lugdunense, donde unió el Asia a Europa, la Iglesia griega a la latina. Fueron texto de su discurso las palabras del profeta Baruch:—“Sal, Jerusalén; sube a la colina, y mira a tus hijos reunidos del Oriente al Occidente.”—Himno triunfal propio de ocasión tan señalada, cuando el Evangelio y la Epístola se cantaron en griego y latín en una misma misa, y en el Credo se extinguió la memora-

ble y encarnizada disputa de dos mundos, repitiéndose tres veces que—"el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo".—Pintoresca variedad de gentes llenaba la sala del Concilio: reyes, abades, obispos, patriarcas y primados, logotetas bizantinos, embajadores del Emperador griego y del Kan mogol; y al alzarse en la cuarta sesión solemne el cántico del *Te Deum*, los corazones se estremecieron de júbilo porque ya había un solo pastor para un rebaño solo. El héroe de tan gran victoria no sobrevivió a ella: cumplida su misión, se extingue Buenaventura. Estalló en él, después de aquella gloriosa sesión cuarta, oculta y devastadora dolencia; dicese que al aplicarse al costado la hostia, se rompió su carne, abriendo camino a Cristo para que se aposentase en el corazón. Así pasó, en la hora culminante del triunfo (26), el hombre más hermoso, docto y santo de su época (27) y uno de sus mayores y más geniales filósofos. San Buenaventura es místico, mas no reniega de la razón. En la teoría del ser se adelanta a Cartesio y Malebranche, combinando felizmente intuición y raciocinio: asimismo expresa el célebre concepto que Pascal repitió sin mejorarlo, cuando deduciendo la idea de Dios de la del ser, dice:—"Como el ser purísimo y absoluto es eterno y presente, abraza y penetra toda duración, siendo a la vez centro y circunferencia. Como es simple y grande, está todo entero en todo y fuera de todo, de suerte que es esfera inteligible, cuyo centro se halla en todas partes, y la circunferencia en ninguna."—La originalidad, el carácter propio de la metafísica de San Buenaventura se debe a su tinte poético, que le distingue de otras rígidas inteligencias, parapetadas tras la lógica inflexible del aula. Sin duda el Doctor Seráfico había estudiado: dos Biblias escritas todas de su puño, que se conservaban aún en el siglo XVII, atestiguan lo muy versado que fué en las Escrituras. Pero si en-

tendía, era para amar: en cierta ocasión, maravillado Santo Tomás de su ciencia, quiso ver los libros de donde la tomaba, y Buenaventura, después de enseñarle corto número de volúmenes, descorrió una cortina y mostróle una efigie del Crucificado, asegurándole ser aquélla la obra que más leía. El gran místico Gerson dice de él:—"Dudo que en tiempo alguno tuviese la Universidad de París doctor y maestro tan eminente; y si me preguntasen cuál ha de estudiarse, respondo, sin mengua de la grandeza de otros, que Buenaventura... Ninguna doctrina hay más sublime, divina, saludable y suave... De este doctor afirma hoy con exactitud la Iglesia lo que Cristo del Bautista: *Erat lucerna ardens et lucens...* Cristo dijo:—Vine a arrojar fuego en la tierra: ¿qué pretendo yo, sino que arda?—En la diestra de Dios está la ley de fuego cuyas palabras abrasan vehementemente... Esto sentía y consideraba, al doctrinar y escribir, nuestro maestro Buenaventura. Seráfico y querúbico debemos llamarle, pues inflama voluntades y alumbra entendimientos. Otros doctores distraen la inteligencia; éste, con el amor, une la mente a Dios.—*Expandit ignem cum lumine*, declaraba Tritemio de la teología de San Buenaventura: y aludiendo a lo abraçado de su elocuencia—*Non instantia, sed inflammantia verba proferebat*.—Como saetas encendidas se clavaban sus palabras: en aquella época de períodos ampulosos, el estilo de muchas obras suyas es animado, claro, viviente. El que emplea en las dos *Leyendas*, mayor y menor, de San Francisco es tal, que de él sentía Leonardo Aretino—*In illo scribendi genere á nemine Bonaventura superari potest*.—Más que biografías, son poemas, inspirados, alumbrados por suave aurora mística. Para muestra del incendio de afectos que consume a Buenaventura, de la viveza de las metáforas con que lo declara, baste un pasaje de uno de sus escritos,

*Estímulo del amor divino.*—“Entréme — dice — por las llagas de Cristo con los ojos abiertos, mas llenáronseme de la preciosa sangre; y sin ver ya cosa alguna, empecé a caminar palpando con las manos hasta penetrar en las entrañas de su caridad, donde, inflamado y ligado con dulces ligaduras, no pude ya encontrar salida. Por lo cual establecí allí mi habitación y morada, y me alimento de los manjares de que él se alimenta, y bebo con abundancia y me embriago del licor que él bebe: y tanta es la copia de deleites que gozo, que no hay palabras para significarla...” —Con todo, no se aísla Buenaventura en el egoísmo de su contemplación; en el mismo *Estímulo* exclama:—“¿Cómo puede decir que ama a Dios y apetece las delicias de su caridad quien viendo al hombre, imagen suya, envuelto en las inmundicias del pecado, no trata de redimir su miseria? ¿Quién, recordando que el Hijo de Dios murió en una cruz por rescatar las almas, no se resolverá con denuedo a perecer también por ellas?”—Y más adelante añade con celo sublime:—“Si estuviese ciertísimo de no ver nunca el rostro de Dios ni gozar su bienaventuranza, todavía quisiera, para honrarle tan sólo, morir por cualquier hombre.”—El poeta penitente de Todí expresa esta misma idea en versos volcánicos.

Para escribir sus *Seis alas de los Serafines*, su *Itinerario de la mente en Dios*, Buenaventura se retiró al monte Albernia, cuyas duras rocas se habían reblandecido al contacto de las lágrimas de Francisco de Asís. El serafín que en aquel mismo lugar traspasó con rayos de amor a Francisco, ofrece a Buenaventura símbolo adecuado con que figurar las vías por donde se asciende a la unión extática. Con el ala primera vuela el alma a contemplar a Dios en las cosas materiales; con la segunda, sube por ellas hasta su amor; con la tercera le considera en sí misma; con la cuarta ve y oye al esposo, le adora, le goza, se

hace toda de él; con la quinta alcanza la luz del ser, en su pura simplicidad; con la sexta ya no percibe a Dios en su unidad, sino en su Trinidad inefable, que no se llama el Ser, sino el Bien; y entonces no le resta más que invocar la muerte. Estas obras, que son de lo más bello que produjo San Buenaventura, concebidas en solitaria gruta de áspera montaña, sin libros ni estudios, prueban que el misticismo del seráfico Doctor no nace sólo de las tradiciones agustinianas, sino del ardiente impulso comunicado por San Francisco a sus discípulos.

Donde se revela más la personalidad filosófica de San Buenaventura es en su estética, armoniosa corrección del Timeo por el Evangelio. A causa de ella principalmente, merece Buenaventura ser llamado Platón de la Edad Media. Por la estética influyó Platón en el pensamiento cristiano. Al contrario de Aristóteles, que es un dialéctico, Platón se presenta poeta y artista: Aristóteles trae de la mano al sensualismo; Platón introduce el idealismo. Si en el fondo concuerdan, según creía Cicerón, en la forma difieren tanto cuanto difirió el genio de Santo Tomás del de San Buenaventura. Comparando a entrambos se advierte el contraste: San Buenaventura, más amante, de más rica y lozana fantasía, se inclina al ontologismo, antepone el corazón al entendimiento, por facultad superior a todas, y el estilo y método de uno y otro Doctor se diferencian cual el del jefe de la Academia de el del Liceo.

Veamos cómo pudo el Cristianismo contemplar la hermosura por los ojos del alumno de Sócrates. Partiendo de su concepto de las ideas, subordinando constantemente lo particular a lo general, el mundo sensible y perecedero al inteligible, residencia de la eterna verdad, Platón distingue en su estética la aparente hermosura material de la belleza misma, belleza inalterable que no cae bajo el dominio de los sen-

tidos, sino del intelecto; y mientras los sentidos apetece lo externo, lo visible de la hermosura, el amor del alma busca otra belleza suprasensible y perenne. Es la renombrada teoría del amor platónico, del bello ideal, con la cual estrechamente se enlazan las manifestaciones artísticas más peregrinas de la Edad Media: el estilo gótico, la caballería, la creación de la Beatriz de Dante, frutos delicados y exquisitos del genio ateniense adaptado al sentimiento cristiano, esmaltes y filigranas que nos admira encontrar bajo la ruda corteza de la barbarie. Oigamos ahora a San Buenaventura desenvolver su estética propia, fundada en Platón. Dos libros contienen, según el Doctor Seráfico, toda ciencia: uno interior, el conjunto de ideas divinas preexistentes, tipos de los seres; otro exterior, el mundo, donde las mismas ideas divinas se manifiestan en imperfectos caracteres selladas. Lee el ángel en el primero, la bestia en el segundo; a la perfección del universo le convino una criatura que interpretase a la vez ambos, explicando las páginas del uno con las del otro; y fué esta criatura el hombre, al cual la filosofía va subiendo por todos los grados de la creación, hasta aproximarle a Dios. De tres modos puede lograrlo: el hombre nota los objetos exteriores por la percepción; se fija en ellos por el goce; los conoce por el juicio; mas no percibimos en las cosas sensibles la substancia, sino los fenómenos o imágenes que hieren nuestra facultad sensoria.—Al llegar a este punto viene el Evangelio, y completa las especulaciones platónicas. Tales imágenes nos recuerdan al Verbo divino, imagen del Padre y único que le conoce. Mas sólo la belleza nos causa placer, y la belleza no es sino proporción en el número—aquí recordamos que Platón oyó las enseñanzas pitagóricas.—Como toda criatura es bella en algún grado, el número se halla en todas, y siendo el número y el cálculo señal eminente de la intelligen-

cia, dondequiera es forzoso advertir las huellas del Artífice Supremo. El juicio por excelencia es la abstracción, que prescindiendo de los pasajeros fenómenos de tiempo, lugar y mudanza, se atiene a las cualidades permanentes, a lo inmutable y absoluto; y siendo Dios el único ser absoluto e inmutable, ve en El la norma de nuestros conocimientos. Existe un arte divino que crea toda belleza y nos ilumina para juzgarla. Así funde la mente de Buenaventura elementos itálicos, socráticos y platónicos, atándolos con el lazo de oro del criterio cristiano. De su consideración de Dios como artista viene el predominio que otorga a dos facultades altamente poéticas: la imaginación y el sentimiento; del desarrollo de ambas, el simbolismo. San Buenaventura es simbolista en sus poesías, en su metafísica, en su estilo. Ya conocemos el símbolo místico de las *Seis alas*, que inspiró quizás al más poeta de nuestros filósofos, a Santa Teresa, la idea de sus *Moradas*. En las *Leyendas de San Francisco*, Buenaventura presenta al Serafín de Asís contemplando la naturaleza con mirada platónica, "porque—dice—a los ojos del siervo de Dios, eran los seres creados como otros tantos arroyos del manantial de bondad infinita donde anhelaba saciarse, y sus virtudes divinas le parecía que formaban celeste concierto, cuyos acordes escuchaba con el espíritu". Si nos hemos parado en las teorías estéticas de San Buenaventura, es que acaso son lo característico de su brillante personalidad, y a la vez el punto en que más se identifica con San Francisco, cuyas cualidades apasionadas, artísticas y dramáticas representa en la esfera filosófica.

Enunciada de tal suerte por Buenaventura la metafísica del amor y de la voluntad, aparece un genio bien distinto—un razonador, un lógico—que la sienta sobre bases dialécticas, entronizándola en el aula. Este vigoroso pensador, este atleta de la razón ilu-

minada, no es sino Dunsio Escoto. Al nombrarle, involuntariamente recordamos también a Santo Tomás. Todo nos le trae a la memoria: las escuelas rivales que nacieron en torno de los dos grandes maestros, la semejanza de sus métodos. En la historia del pensamiento de la Edad Media, Santo Tomás representa una era, un período completo. Rico y de esclarecidísima sangre, abandonó las grandezas por dedicarse a pensar. A los cinco años meditaba: en su vida no hay sucesos, no hay más que ideas. Absorto en su vivir interior, ni advertía las tormentas cuando iba embarcado, ni que una vela encendida le abrasaba los dedos. El resumen de su vasto entendimiento fué una obra colosal, la *Suma*, donde a más de profunda metafísica y moral, se contienen teorías políticas que—si es lícito emplear una frase moderna—conciertan la libertad y el orden, si bien en la tentativa enciclopédica logró mejor éxito que Santo Tomás Alberto el Grande, versadísimo en las ciencias de la naturaleza. Escoto difirió de ambos. Menos erudito que Alberto, fué más sabio, dominó más las materias que estudiaba: en física presintió no pocos adelantos de nuestros días; en matemáticas fué—al decir de Wadingo—un prodigio; de química y de óptica escribió tratados especiales. Mas la condición propia de su talento consistía en aquella sagacidad, acuidad y firmeza del discurso, que le ganó el dictado de *Sutil*. Tomás y Escoto, el dominico y el franciscano, llenan con su inteligencia el siglo XIII: mirando al ocaso de la Edad Media, vemos de una parte al *gran buey mudo de Sicilia* (que así llamaban a Santo Tomás sus compañeros de aula por lo reflexivo y taciturno) pesando, distinguiendo, definiendo, clasificando; de otro al *Doctor Sutil*, esculpiendo en el mármol de su lógica los amorosos transportes de Francisco y Buenaventura; consolidando, cristalizando la mística en el raciocinio, bien como los imagineros de las

catedrales entallaban en las piedras, vivificándolas, los símbolos cristianos, y las afinaban y labraban para que penetrase en ellas la idea, cual la escolástica aguzaba la palabra a fin de que manifestase lo abstracto del pensamiento.

¿En qué disentían aquellos dos hombres extraordinarios? Sus tendencias distintas son las que desde un principio, desde los primeros Padres de la Iglesia, advertimos en la filosofía cristiana. El Ángel de las Escuelas, apartándose de San Agustín, otorgaba más importancia al libre arbitrio, menos a la gracia; Escoto seguía a Agustín tan adecuadamente, alcanzando su sentir, que llegó a decirse que si alguien vituperaba al uno, forzosamente había de abatir al otro; Tomás consideraba real la distinción entre el alma y sus potencias, Escoto formal solamente; y mientras aquél enseñaba que en la posesión de la bienaventuranza perfecta la intuición de la esencia divina es el acto principal y esencial, éste sostenía que lo es el amor, mostrándose en tal opinión hijo legítimo de San Francisco, sucesor de San Buenaventura y fundador de lo que llamar pudiéramos mística racional. Con la voluntad, no con el entendimiento, conquistó el mundo San Francisco. Escoto antepone la voluntad al entendimiento, por cuanto, a fuer de potencia libre, guarda el imperio y señorío de sí misma. Como principio soberano de certidumbre establecía la revelación, afirmando que los atributos de la Divina Omnipotencia y la inmortalidad, o—como entonces se decía—incorruptibilidad del alma, no eran tan perfectamente demostrables con sólo la fuerza de la razón humana como con ayuda de la verdad revelada; ponía dique al racionalismo, a cierta idolatría tributada en la escuela a los filósofos paganos, cuyas especulaciones pensaban no pocos escolásticos ser suficientes a probar la fe.

Curiosa es la teoría ética de Escoto.—“Nada im-

porta la criatura con tal que no sea ofendido el Criador; antes que ofender a Dios elijamos primero el ser aniquilados: y no por evitar las penas del infierno, que no es fin bastante, sino por puro amor de Dios, porque no se toque a su honra quebrantando su ley. Con tal propósito debe el hombre exponerse, no sólo a los tormentos, no sólo a la muerte corporal, sino al mismo no ser: perezca el alma incorruptible, antes que obre la voluntad contra la ley divina; aniquílese el espíritu criado, antes que el Criador sea ofendido."—Por boca de Jacopone había expresado la poesía igual sentimiento: la salvación secundaria, ante el amor de Dios; el mismo infierno, solicitado si en él cupiese amor (29).

Reconocía Escoto dos ejemplares de las cosas—los dos libros en que, según San Buenaventura, se contiene toda ciencia:—el uno increado, la idea, que descansa eternamente en la razón divina y es causa activa (30); el otro creado, lo universal, o sea la especie inteligible formada en el intelecto humano por los objetos exteriores, y percibida por los sentidos (31). De aquí dos criterios de verdad, falible el uno en cuanto implica la variabilidad del objeto concebido y del intelecto que lo concibe; el otro enteramente cierto, pues la razón lo contempla en su eterno ejemplar, que es Dios: y la idea divina, si bien se nos manifiesta de indirecto modo, es para nuestra inteligencia causa de comprensión. Por lo cual concluye el Doctor Sutil que el hombre no alcanza la fuente de la verdad en las cosas creadas, ni puede tener por criterio absoluto el testimonio de los sentidos: así tocaba sabiamente al sensualismo aristotélico, que insidioso iba deslizándose en las aulas; pero al mismo tiempo deteníase antes de ascender a las vertiginosas cimas del idealismo trascendental, añadiendo que, cuando la experiencia sensible se deriva lógicamente de un principio, puede ofrecernos tan induda-

ble certeza como el conocimiento racional: con lo cual se establece el deseado vínculo entre el sujeto y el objeto, entre la experiencia sensible y el raciocinio. Sólo esta sólida y profunda teoría basta para redimir a Escoto de la nota de filósofo crítico y disolvente, si ya no le acreditase de creador y constructor la firme base en que asienta la certeza. Puesto que toda certeza—añade—depende de un principio superior, fuerza es admitir que conocemos las verdades de la luz eterna; que ellas mismas son luz que atestigua inmediatamente su verdad propia, y que la increada luz es juntamente primer principio de toda realidad especulativa y fin último de toda verdad práctica. Completa Escoto su sistema místico racional, considerando la voluntad divina fuente del orden universal, ley absoluta y suprema (32).

Es innegable que el genio de Escoto tiene una faz crítica: la maravillosa perspicacia de su entendimiento le llevó a pasar por finísimo tamiz los argumentos de sus adversarios: no hubo impugnador más temible. Ya sabemos cómo combatió la tendencia peligrosa de Aristóteles, filósofo que conocía tan a fondo, que escribió sobre él hasta cuatro volúmenes: analítico en grado sumo, Escoto veía el punto de objeción, el lado flaco de los sistemas. Bien como los físicos contemporáneos emprenden experiencias que les permiten observar hasta sus últimos límites la rarefacción y disociación de la materia, y los fisiólogos estudian en la diminuta célula el origen del organismo, Escoto ahondó y utilizó los más recónditos y abstrusos conceptos del entendimiento humano. Y no bastándole con definir, distinguir y dividir lo que antes nadie había definido; con describir la naturaleza de Dios—dice el jesuíta Labé—a la manera de quien la viese; con fijar su mirada de águila—afirma Tritemio—en regiones donde nadie la había fijado; con poseer—según declara Cornelio á *Lapide*—aquel